

ct

Calisto, historia de un personaje

de
Julio Salvatierra

(fragmento)

(Un viejo fantasma. Cubierto de telarañas. Entre sentado y derribado sobre un montón de algo indefinido, telas viejas, pieles, antiguos trajes... Poco a poco comienza a mostrar intenciones de hablar, parece cansado. Finalmente sonríe...)

Oh, angélica imagen, perla preciosa, ante la que todo el mundo es feo.

Oh mi señora y mi gloria, en mis brazos te tengo y no lo creo.

¿No dejarás que me arrime al dulce puerto?

Y al principio la muy puta se negaba: "bástete, pues que soy tuya, con gozar de lo exterior..."

Sin embargo a los tres días...

No era una puta, no, una diosa era, y yo agora sólo soy un viejo... ¿nótase?

"No hay que detenerse", decíame mi padre, ¿más qué hace un hombre si ya no alcanza a lado alguno? Ser anciano es cosa triste....

Mmm. A decir verdad ignoro si era puta, diosa o ángel... más también ignoro si por ventura a mí me llamarán cabrón, hi, hi, hi... tremenda duda. Pero no... ! No lo sé! Hi, hi, hi.

En fin, pues hallámonos aquí, manos a la obra.

Nací hace ya cuatrocientos noventa y siete años, mas bien podría haber nacido ayer...

Mi señora madre se llamaba Maria Luisa... ¡Pero madre! ¿cómo te vino en la cabeza bautizarme de Calisto? ...Vaya idea que tuviste. La buena mujer hoy no ha venido, agora ya es todo un personaje y los personájes tenemos a bien el no morimos, aunque por desgracia la vejez, esa vieja bruja, no nos respete demasiado.

Y mi padre lo fue el muy famoso bachiller llamado Fernando de Rojas...

(Ya... y el *mío* se llama Eusebio, y tiene un Fiat. Tampoco hoy ha venido porque se le averió el carácter...)

¡Cállala, insensato, calla...!

Bueno, y aquel hermoso día la luz vieron igualmente Celestina, Melibea y... todos los otros Melibea, la hermosa, al principio me decía, con su tierna voz helada de desprecio: "¡Vete, vete de ahí, torpe! O mi paga será tan fiera como se merece tu insano atrevimiento".

Sin embargo dos días más tarde ya mudaba: "Vamos a ver, Calisto... si quieres ver si mi hábito es de paño, ¿para qué me tocas la camisa? ¡Ay...!...Deja estar mis ropas en su lugar...!" Pero, mi señora, qué material éste más suave... "Sí... es de lienzo..." Y se reía... "Holguemos y burlemos... ¿pero qué provecho te trae dañar mis vestiduras...?"

Señora, el que quiere comer ave, quita primero las plumas...

Y quiso dios que al final acabase como cera derretida entre mis brazos susurrando: "soy tu sierva, tu cautiva, lo que más tu vida estima que la mía... mm, y tú, señor, eres el que me hace incomparable merced con su *visita*..." Y luego el oscuro de la noche nos cubría...

(Suspiro) Aún hoy me asaltan dudas sobre si tan dulce sentimiento constituye amor, o es tan sólo una *pasión de los sentidos* (¡Vamos! ¡Déjate de tonterías y llámalo por su nombre!) No empecemos, mi joven amigo...

Porque en rigor la cuestión no le resulta clara a nuestro entendimiento: ¿o bien nos enamoramos los hombres porque queremos... jm, *disfrutar de los placeres de la carne*, o... *disfrutamos de los placeres de la carne* porque nos enamoramos? ¿Eh? ¿Acaso no es esta cuestión la que hace que todos los grandes amantes de la historia acaben muertos...? *Verbigratia*: ¿qué sería de mi dulce y

ardiente pasión por Melibea veinte años despues? Desearía todavía quitarle el hábito, ¿o me habría habituado a que se lo quitara sólo? ...Eh?

(Pues yo tambien estoy enamorado y creo que es por eso que dices de la... carne)

¡¡Ah, no, espera un momento, alto!! ¡Consagrarás tu dudoso arte a interpretarme, o vas a dar comienzo a tus interminables morcillas!? ¡Este es mí monólogo! (Tienes razón...)

¡Silencio! Y a lo que iba: ¿creen sus señorías, aún los ignorantes, que Melibea y yo nos hubiéramos casado, aún con separación de bienes, y criado a siete u ocho gritoncillos?

...Sus señorías dirán que no... ¿pasión tan carnal que dure eternamente? ¡Eso son quimeras y locuras de la mente...! ¡¡Pues se equivocan!! ¡A fé mía! Si el *amor eterno* existe como concepto es... por eso, porque existe.

(No estoy de acuerdo. Tú eres la utopía de una época, y hablas así porque así te escribieron, pero la realidad es muy distinta, y tú la ignoras. Yo estoy enamorado, pero ni me planteo si voy a estar con esta mujer toda la vida... vamos, ¡es que me dá risa!)

¿Y la locura del amor, que nos ciega y nos hace amar nuestra ceguera... dónde está, dónde la dejas? Bah, ya te convenceré, aún eres muy jóven. (Muchas gracias) De nada... y prosigamos, que no hay que detenerse...

¡Claro, que otros tiempos eran aquellos! De horribles pestes, de hambres y de **curas**. A nos mismos nos censuró la Inquisición algunos trozos de la obra, que fue como arrebatarme parte de mi propia existencia. Era el censor un tipo gordo, dado a fijarse en nimiedades y menudencias. En un punto preguntábame Sempronio, mi criado: "¿más tú no eres cristiano?" ¿Yo? Melibeo soy, y a Melibea adoro, y en Melibea creo, y a Melibea amo. "¡Yo ésto lo censuro, yo ésto lo censuro!", regodeábase el censor y sellábalo con el sello, y quedábase tan ancho, el hi de puta.

Y para qué todo, si luego os fijárais en ellos... En el año de mil quinientos dieciseis estuve en la ciudad santa, que tenía de santa entonces lo que agora me veis a mí de monaguillo. E hicimos una representación para su *santidad*, uno de los diablos más lascivos, degenerados y vividores que había en toda Europa. Y aún con eso no digo yo que fuera mala gente, por ser de trato agradable, inteligente, sensible y tambien muy diplomático, cuando así le parecía.

Bueno, pues el papa Alejandro convocó a toda la Compañía en uno de los salones del palacio y nos dijo: "senti, amici, questa rappresentazione é privata, y tutti siamo persone de sólida formazione, capaces de soportare spettacoli incluso gravemente pericolosi sin pericolo per la nostra ánima, ¿non é vero?" ... é vero, papa... "E a me... mm, me piacereve fare un juicio objetivo -e infalibile, je, je- de tutta la obra, incluso con le parte censurate por i miei inquisidores, perque: ¿cómo posiamo identificar al diablo de la carne si no lo habiamo visto nunca? ¿Non é vero?"...molto vero, papa...! "Así pues, en veritá os digo que tampoco os censureis vosotros mismos... " Clari, papi... "pues la maldad y la lascivia sólo viéndolas en tutto il suo apogeo es possibile, dopo, exorcisarlas" ...claro, claro... y mirábanos de reajo, no se bien si a la moza que hacía Melibea, o al actor que me intrepataba a mi, un mancebo moreno aún con cara de niño...

Más el momento de la representación era llegado. El papa, en su sitial, en la grada de arriba, y por debajo varias filas de cardenales y arzobispos, sentados alternadamente, debido a que con las mitras no dejaban ver nada a los de atrás y hubo en eso gran problema, pues el protocolo no permitía que se las quitaran.

Y allí, entre ellos, sentado con su hábito negro, el dominico gordo que había censurado la obra.

Comienza la representación. Los actores hallábanse muy nerviosos, pero al principio todo fue bien, hasta que llegamos finalmente a la escena del acto catorce, donde *el otro* acto se consuma... Subo la tapia, salto al huerto, y comienzo a requerir de amor a Melibea, ardiente y apasionadamente hasta que ya entrados en materia, le digo: perdona señora a mis desvergonzadas manos, que jamás pensaron de tocar tu ropa y ahora gozan de llegar a tu gentil cuerpo y a tus lindas y delicadas

carnes...

Y ahí me paro, claro... qué hago? En esta situación lo habitual era correr púdicamente una cortina que nos ocultaba de la vista del público, pero aquí no había ni cortina, ni intención de haberla. Nuestro director, blanco como un sudario, me indicaba por gestos: "¡sigue, sigue...!"; miro al papa, que sonrío: "molto bene, hijo, avanti, avanti...". Y de repente veo al dominico gordo, desesperado, con sus pocos pelos todos erizados, que me hace gestos con los brazos "¡no, no: está censurado...!" "Haz lo que tengas que hacer...", me dice la Melibea, con cara de circunstancias. Y como el actor que me interpretaba estaba al borde del colapso, pues tomé yo las riendas del asunto y comencé a hacer lo que mis palabras sugerían... ¿Qué había si no de hacer?

Se alza un rumor creciente en los estrados, pero yo prosigo impertérrito, le quito la camisa... la arrojo a un lado... ¡y un griterío! Vociferaban los prelados locos de júbilo. "¡Ah, maldito Lucifer, que atrayentes son las formas del pecado!", chillaban algunos sinvergüenzas. "¡Qué didáctica y notable ejemplificación de la lascivia!", aplaudían los más doctos. "¡Que Belcebú nos muestre su cola!" gritaban otros, con diferentes orientaciones religiosas... y el escándalo empezaba a ser monumental. El papa, en lo alto, sonreía complacido.

Pero resultó que sí había un grupo de curas y obisillos que se escandalizaban, tal vez porque sus cargos aún no eran lo bastante altos para acallar con su peso las conciencias, y de repente, cuando ya Melibea estaba medio desnuda y yo de aquella manera que ya no sabía en qué iba a parar todo aquello, ese santo y gordo dominico se levanta desencajado: "¡¡yo ésto lo censuré, yo ésto lo censuré!!", grita el pobre... "santo padre, yo lo censuré ésto, se lo juro!" "¡Fray Inocencio, cállese, que tienen bula!", le dice el papa. "¡¡Pero no vergüenza ni temor de Dios, ni tampoco el santo padre!!": era un grupo de Franciscanos exaltados, de la oposición: "Allí, miradlo: ¡en el sitio de San Pedro hay un farsante...!", y comienzan a insultarlo: "¡Anticristo, libertino, sodomita, soplagaitas...!", y los partidarios del papa a responderles: "¡herejía, herejía...!" Y ahí fué ya la de Dios.

Melibea y yo escapamos del escenario como pudimos, tapándonos las vergüenzas con unas mitras que habían caído al suelo cuando se derrumbó el protocolo, y junto con toda la compañía abandonamos el palacio por las puertas de servicio.

Mientras tanto allí se abrieron las puertas de la sala y ¡zas!, entró la guardia pontificia, que detuvo a los alborotadores franciscanos y al pobre dominico... "yo esto lo censuraré, yo esto lo censuraré", decía con un hilo de voz poco después, mientras lo llevaban a la hoguera junto con los otros, donde en un sólo día los quemaron a todos sin retractación, acusados de albigenses y maniqueos.

Aquéel cónclave no figuró luego en los anales (con perdón) del vaticano.

(Hay una cosa que no entiendo: ¿cómo dices que fue aquello de que tu actor estaba bloqueado y fuiste tú el que tomó el mando...?)

Pues así como tu lo has dicho ahora, ¿qué hay de raro en ello?

(Que tú no existes)

¡Serás torpe...! ¿Con quién pues estás hablando tú ahora? ¿O deberemos pensar que estás tan loco que hablas sólo?

(Eh, eh... no digas tonterías. Tú existes, pero sólo en tanto que un actor te da la vida...)

¡Valiente insensatez! Es al contrario. Nuestra vida es aquella que dá origen a la vuestra, generalmente obvia y ramplona por sí sola...

(Todo eso es palabrería...)

¿Ah, sí? Pues si te olvidaras de mis palabras y de mis acciones en este momento: ¿qué te quedaría... eh?

(Podría improvisar...)

Más para improvisar, amigo mío, necesitas crear un personaje, hi, hi, hi... Al menos una brizna, un átomo de imaginación, que es de lo que estamos hechos... piensa en eso... y mientras lo piensas, YO seguiré con MI espectáculo... con tu venia, por supuesto.

(Sigue, sigue)

Muchas gracias.